

es preciso que las reglas vayan encaminadas al fin de que la imiten con puntualidad y primor. Pues, ¿cómo se verifica esto, cuando las unidades oprimen el entendimiento, estrechan la facultad y limitan los hechos? ¿Puede ser precepto justo y acomodado á la imitación el que precisa á que en tres horas se represente suceso de tres años?... ¿Por qué ha de truncar el poeta la serie de sucesos que componen una acción?... Si la Naturaleza no puso tasa, límite ni término invariable á las acciones, á los tiempos ni á los lugares, ¿por qué regla podrá ser lícita la imposición de leyes tan pesadas á sus imitaciones? Y defendiendo la mezcla de lo trágico y lo cómico, añade: «¿Cómo se pretende hacer imitaciones de la Naturaleza, desfigurándola el semblante y descuartizándola los hechos? ¿Se vió alguna vez suceso triste con quien no alternase la risa? ¿Se vió placer sin pena, gozo sin susto, felicidad sin amargura? Los mismos Gentiles colocaron juntas en un mismo templo, y en una misma ara, á las diosas de la felicidad y de la angustia.... ¿Qué se logra con imitar una parte mínima del inmenso todo?»

También impugnó Zavaleta con singular energía y lógica el vulgar pretexto de la ilusión escénica, tan invocado por los preceptistas franceses. «Aun los más lerdos é ignorantes espectadores, saben distinguir y conocer muy bien que cuanto ven sobre el tablado es fingimiento y no realidad, es pintado y no vivo, y es artificiosamente imitado y no existente. Y no siéndoles repugnante allí la apariencia ó imitación de un

hecho, de un lugar, de un tiempo y de un personaje, tampoco puede parecerles dura la pluralidad de todas estas cosas. Antes bien les parecería defectuoso lo contrario, así por la prudente consideración de estar el arte diminuto en el poder, como *porque la curiosidad humana no encuentra placer sino apura todo lo que concibe y lo que puede prometerse dentro de una línea....* ¿Quién podrá creer que le divierta más la desnudez de un caso simple que la variedad y adorno de enlazados sucesos?»

En estos principios está fundada la defensa de Calderón, que puede resumirse en las siguientes frases, tomadas de otro lugar del discurso: «Culpar á Calderón porque escribió libre sin imitar á nadie.... y porque todas sus comedias son de caballeros pundonorosos y alentados, y Damas nobles, al principio altivas, serias y recatadas, y después amantes, zelosas y apacibles.... es verdaderamente convertir la luz en sombra, y la virtud en vicio. Si Calderón quiso, en el anchuroso campo de la Naturaleza, elegir para sus imitaciones nuevo rumbo, objetos altos, pasiones nobles, ilustres hechos, é idioma culto, no sólo no debe ser culpado, sino que merece ser aplaudido.... ¿Por qué había de humillarse servilmente contra su mismo espíritu noble á la imitación de lo que, en su entender, merecía olvido, reforma y acaso desprecio?... Si él estudiaba en las aulas *de la muy sabia y escondida Naturaleza*, ¿no era necesidad seguir las enseñanzas de los que no la entendieron?»

<sup>1</sup> *Discurso Crítico sobre el origen, calidad y estado presente de las Comedias de España, contra el dictamen que las supone co-*

No me admira que D. Blas Nasarre se muriera menos de la gota que del pesar que le causó la lectura de este discurso, donde su famoso prólogo queda literalmente hecho trizas. Bolh de Faber sacó del libro de Zavaleta una buena parte de los argumentos que empleó en su polémica romántica, donde le menciona varias veces con singular elogio, vindicándole del afectado desdén de nuestros críticos galo-clásicos del siglo pasado, los cuales no supieron responder á este hermoso arranque de patriotismo y de libertad estética, sino poniendo en ridículo al libro y á su autor, á lo cual, por desgracia, se prestaban harto sus formas literarias, que exceptuando aquellos pasajes que el calor del sentimiento y la elevación de las ideas animan, fácilmente degeneran en macarrónicas y frailunas. Pero aquellos estudiosos á quienes no aterran las espinas del gusto de cada edad, cuando se trata de sorprender las vicisitudes del pensamiento de nuestros antepasados, deben pasar con respeto por delante de este *Discurso*, y observar en él la vena de romanticis-

*rrompidas, y en favor de sus más famosos escritores el Doctor Frey Lope Félix de Vega Carpio, y D. Pedro Calderón de la Barca. Escrito por un Ingenio de esta corte, quien le dedica á la M. I. la Señora Marquesa de la Torreçilla, etc. En Madrid, en la Imp. de Juan de Zuñiga, año 1750. 4.º, 350 págs. A este libro preceden larguissimas aprobaciones y dictámenes de graves teólogos amigos del Autor, los cuales abundan calurosamente en sus ideas acerca del teatro antiguo, y maltratando sin conmiseración al pobre Nasarre. En alguna parte he leído que el Erauso y Zavaleta que firma el prólogo ó carta-circular de este libro es un pseudónimo de D. Ignacio de Loyola Oránguren, marqués de la Olmeda.*

mo indígena que durante todo el siglo xviii va resbalando silenciosamente por el campo de nuestras letras, hasta venir á desembocar grande y majestuoso en el mar de la crítica moderna, de la cual todos estos olvidados y calumniados autores son heraldos y precursores más ó menos conscientes. ¿Quién ha de dudar hoy entre Nasarre y Zavaleta, ni dejar de reconocer en el segundo á uno de los nuestros, al paso que el primero se nos presenta como un bárbaro pedante de edades pretéritas?

No debemos juzgar con tanta dureza á don Agustín de Montiano y Luyando, docto escritor vallisoletano, fundador y primer director de la Academia de la Historia, y hombre de reconocida erudición y mérito en varias disciplinas, aunque de fantasía pobre y yerta. Empezó por seguir el gusto conceptuoso del siglo anterior, en su poemita *El robo de Dina* (1727); pero en edad madura cambió totalmente de rumbo, sentando plaza entre los reformadores de las letras, con candidas pretensiones de dar, no ya sólo preceptos, sino también ejemplares y dechados en todo linaje de poesía. Sabía bien sus humanidades, y es el único elogio que podemos concederle. Su crítica no adolece jamás de la fanática intemperancia de Nasarre, pero tampoco se eleva á las consideraciones trascendentales que ennoblecen y hacen tolerable la de Luzán. La de Montiano es puramente retórica y externa, y de muy bajo vuelo, pero no afecta menosprecio hacia la literatura nacional: al contrario, trata de defenderla

á su modo. Partidario de los géneros puros y sin mezcla, emprendió probar contra un anónimo francés que España había producido considerable número de excelentes tragedias; pero como carecía de todo sentido histórico, y sólo atendía á las formas y apariencias más externas, no fué á buscar esas tragedias en el innumerable tesoro de comedias nuestras que, con nombre de tales, son por los afectos y por la acción verdaderos poemas trágicos como los de Shakespeare, sino que fué rebuscando afanosamente los ensayos no representables y las imitaciones de tragedias griegas y romanas hechas por los humanistas del buen siglo, con lo cual creyó haber triunfado y haber dado idea del verdadero teatro trágico español, cuando no tocaba la cuestión ni por semejas. Alguna vez, sin embargo, parece que los rayos de la verdad llegaron á herirle, y hay pasaje de su primer discurso en que no deja de reconocer que las llamadas tragicomedias de Lope difieren esencialmente muy poco de las que el mismo Lope apellidó tragedias, y que también son caracteres y pasiones trágicas las que dominan en *El Tetrarca de Jerusalén*, en *Reinar después de morir*, y en otras composiciones semejantes, de las cuales confiesa el mismo Montiano que producen singularísimos efectos de terror y compasión en el ánimo de los oyentes. Esta, y no otra, era la verdadera tragedia española, y á ésta debió reducir su defensa Montiano, la cual resultó tan baldía, por no decir tan absurda, como si un francés, en vez de citar por mues-

tra del teatro de su nación á Corneille y á Racine, hiciera grandes ponderaciones de Jodelle y de Garnier, y de las tragedias de los eruditos de la pléyade del siglo xvi. A vueltas de sus disquisiciones históricas, en que no se puede negar que hay bastantes cosas útiles, repetidas después con escasa variación por otros críticos, especialmente por Martínez de la Rosa, el cual en su apéndice sobre la *Tragedia española* sigue bastante de cerca el método y los juicios de Montiano (mejorándole siempre), mezcla de vez en cuando el erudito don Agustín reflexiones teóricas, calcadas con poca originalidad sobre el texto de las poéticas clásicas, entre las cuales muestra singular predilección por la del Pinciano y la de Luzán. Profesa singular respeto á la ley de las unidades «que no son, como algunos creen, establecidas por voluntariedad ó capricho, sino por la naturaleza y la razón»; y con arreglo á este criterio juzga y califica las obras ajenas, sin escatimar elogios á las más débiles y peor construídas, siempre que sus autores hayan hecho estudio de sujetarse á esa superstición estéril. Así resultan puestas en las nubes la *Nise Lastimosa* de Bermúdez, y la *Elisa, Dido*, y hasta el *Atila Furioso* de Virués, y juzgadas con singular indulgencia monstruosidades como el *Hércules Furente* de López de Zárate, al paso que el autor se encarniza con *El Duque de Viseo*, y con el *Castigo sin venganza* de Lope; no por otra razón sino por la falta de las consabidas unidades, puesto que Montiano no les hace otro reparo ni chico ni grande. Fácil oficio era el de

la crítica en ese tiempo y con tales procedimientos, más propios de un libro de cuentas caseras y económicas que de una Poética. Sin embargo, no es todo inútil en los *Discursos sobre las tragedias españolas*. El segundo especialmente, que viene á ser un tratado de declamación y aparato escénico, tiene verdadero mérito para su tiempo, aunque el autor muestra haber sacado de Riccoboni lo mejor de su doctrina. Alguna vez también, y por excepción, se arroja á separarse un tanto del vulgo de los críticos, pero apoyándose siempre en los zancos de Luzán ó de algún otro que lo dijo antes, porque no era D. Agustín hombre para inventar nada. Así, no tiene reparo en censurar como «poco posibles y menos verisímiles» los argumentos trágicos tomados de fábulas mitológicas.

Para confirmar su doctrina, escribió Montiano dos tragedias, *Virginia* y *Ataulfo*, ajustadísimas en su contextura á todas las reglas, ó, por mejor decir, infieles y contrarias á la primera de todas, que es interesar y agradar á quien las lea ú oiga en el teatro. Innecesario parece advertir que estas llamadas tragedias no fueron representadas nunca, pero son más que irrepresentables; son de todo punto ilegibles. No sé cómo Martínez de la Rosa tuvo valor para elogiar su versificación *llana, fácil y nutrida*. No conozco en castellano versos sueltos peores que los de Montiano, duros unas veces, arrastrados casi siempre, mal acentuados de continuo, y hasta mal medidos. Á todo esto se agrega el ningún interés escénico, y el continuo pro-

saismo y bajeza del estilo. Claro es que tales obras habían de contribuir poco al triunfo de la escuela que preconizaban; y no iban tan fuera de camino los espectadores prefiriendo á tan glaciales ejercicios de retórica los peores y más disparatados abortos, no ya de Zamora y Cañizares, sino de los ínfimos copleros de la era de Felipe V y Fernando VI, del sastre Salvo y Vela, de Lobera y Mendieta, de Frumento y Bustamante, porque al menos en estos ridículos autores hay interés de enredo y algo que remeda ó simula la vida, mientras que en Montiano y otros preceptistas de su laya está muerto todo, lengua, versificación y pensamientos. Entre *El Sastre de Astracán* y la *Virginia*, nos quedamos con *El Sastre de Astracán*, y hacían muy bien los contemporáneos en irse tras de *El Mágico de Salerno*, y no querer oír hablar del *Ataulfo*, con perdón sea dicho de Moratín y de Martínez de la Rosa.

Y, sin embargo, para escarmiento de los que confían á ciegas en el juicio de los extranjeros, estas dos tragedias *Virginia* ni *Ataulfo*, que ni en su tiempo, ni después, ni nunca han podido ser leídas con sufrimiento por ningún español, no sólo fueron traducidas al francés y altamente recomendadas por su traductor *D'Hermilly*, sino que merecieron extenso análisis y singulares elogios (á lo menos la primera), ¿de parte de quién?, del mayor crítico dramático de aquel siglo y quizá de todos los siglos, del gran Lessing, que en su *Theatralische Bibliothek* (1.<sup>ra</sup> Stuck)

extractaba, con mucho aprecio la *Virginia*, añadiendo que el numen trágico de D. Agustín Montiano podía competir con el de los más señalados trágicos franceses. ¡Para que nos fiemos en los elogios ni en las censuras que vienen de Alemania ó de París! En realidad, nadie siente bien sino la poesía de su propia lengua, ó la de ciertas obras de interés tan universal y humano, que persiste hasta cuando no podemos apreciar la forma. Verdad es que Lessing no sabía en 1751 tanto castellano como supo después, y así, en el número 68 de la *Dramaturgia* le vemos volver sobre su primitivo juicio, y declarar que admira la *Virginia* mucho menos que antes, y que no se atreve á llamarla pieza española, aunque esté escrita en castellano, porque es un simple ensayo á la manera de los franceses, regular y glacial. Y añade después estas palabras, que marcan la transformación completa de sus ideas en 1768: «Si la segunda tragedia del Sr. Montiano no es mejor; si los nuevos poetas españoles que siguen la misma escuela, no consiguen pasar más adelante, no extrañen que yo estime más y lea con preferencia á Lope, á Calderón y á sus antiguos cómicos.»

En España, la *Virginia* y el discurso que la antecede fueron objeto de un ataque sañudo y personal, que contrastaba con la índole pacífica é inofensiva del excelente Montiano. Las bárbaras costumbres literarias del siglo pasado no respetaban ni la ancianidad ni el mérito. El émulo de Montiano que se firma D. Jayme Doms (nombre no sé si verdadero ó supuesto), al paso

que tritura la *Virginia*, lo cual no debió de costarle gran trabajo, se manifiesta partidario del teatro de Lope, á quien supone injuriado en el prólogo de Montiano, calificando así á éste, como á sus amigos Luzán y Nasarre, de triunvirato, poético<sup>1</sup>, que había formado una liga contra el

<sup>1</sup> *Discurso sobre las Tragedias Españolas de D. Agustín de Montiano y Luyando, del Consejo de S. M., su Secretario de la Cámara de Gracia y Justicia y Estado de Castilla, Director perpetuo por S. M. de la Real Academia de la Historia, y Académico de la Real Academia Española.... En Madrid: en la Imprenta del Mercurio, por Joseph de Orga, año de 1750. (El Discurso tiene 122 páginas, y al fin va la Virginia.)*

—*Discurso II sobre las Tragedias Españolas. De D. Agustín de Montiano, etc. etc., entre los Arcades de Roma Leguinto Dulcibio.... Madrid, en la Imprenta del Mercurio, etc. Año de 1753. (Tiene 118 páginas, y al fin el Athaulpho.)*

—*Carta al Sr. D. Agustín de Montiano y Luyando, del Consejo de S. M.... Por D. Jayme Doms. En Barcelona, calle y casa de la Imprenta, 1753, 8.º (La edición parece extranjera y clandestina, puesto que no tiene aprobaciones ni licencias.) 99 páginas.*

—*Examen de la carta que se supone impresa en Barcelona y escrita por D. Jayme Doms, contra el discurso sobre las tragedias españolas y la tragedia Virginia del Señor D. Agustín de Montiano, etc. etc. La ofrece al juicio de los inteligentes y desapasionados Domingo Luis de Guevara. Madrid, 1753, 8.º, 66 páginas.*

—*Crisis de un folleto cuyo título es Examen de la Carta, etc., en carta que escribe D. Faustino de Quevedo á un amigo suyo: Salamanca, 1754. 72 págs., 8.º*

Montiano dejó manuscritas disertaciones sobre la égloga y otros géneros de poesía. En el tomo II de las *Memorias de la Academia de Buenas Letras de Sevilla* pueden verse sus *Notas para el uso de la sátira* (género literario que á él le parecía un monstruo de perniciosas calidades), y allí también un extenso elogio biográfico de Montiano, escrito por su discípulo y secuaz de su prosaismo D. Cándido María Trigueros.

crédito literario de la antigua España. Á esta carta replicó Montiano con otra, impresa á nombre de Domingo Luís de Guevara, reiterando sus censuras el mismo Doms ó un amigo suyo en otro opúsculo con título de *Crisis*, «papeles todos no importantes para nadie (dice con razón Ticknor), sino para sus propios autores».

Lo que sí es verdaderamente singular, y debe citarse como clara muestra de la confusión de ideas reinante en esta época de transición y de importaciones extranjeras por penuria de espíritu propio, es que el Árcade *Leghinto Dulichio*, á los ocho años mal contados de la publicación de la *Virginia*, dejó de ser adorador del gusto francés, y se hizo partidario del teatro inglés, que sin duda conocía en su original, puesto que las traducciones de Letourneur tardaron muchos años en publicarse. El hecho no admite duda. Una dama de la corte, de quien sólo conocemos las iniciales M. H., había traducido en verso la *Andrómaca* de Racine, y se la mandó á Montiano, en 1759: Montiano hizo algunas correcciones, y se la devolvió con una carta, que está impresa con la misma tragedia y con otras poesías de la autora. Allí se leen estas formales palabras<sup>1</sup>: «Yo seguí algún tiempo la opinión de los franceses, pero abracé después la inglesa, aunque con va-

<sup>1</sup> *Poesías Varias sagradas, morales y profanas ó amorosas: con dos poemas épicos en elogio del capitán general D. Pedro Cevallos; con tres tragedias francesas, traducidas al castellano: una de ellas la «Andrómaca», de Racine, y varias piezas en prosa de otros autores. Obras todas de una dama de esta corte.* (H. M.) Madrid, Imp. Real, 1789. 8.º

rias moderaciones, que he juzgado convenir á la verosimilitud y á no perder la ilusión teatral». ¡Montiano, partidario de Shakespeare! ¿Ó entendería por teatro inglés el de Dryden y el *Catón* de Addison? Esto último debe de ser.

Con Luzán, Nasarre y Montiano debe ser mencionado (aunque en último término), como perteneciente al grupo de los primitivos reformadores, el ilustre arqueólogo é historiógrafo malagueño D. Luís Joseph de Velázquez, á quien dieron justa fama su viaje literario por los archivos de España, sus trabajos harto prematuros de interpretación de los alfabetos de las monedas autónomas de España, sus colecciones numismáticas, y la tentativa, muy notable para su tiempo, de reconstruir la historia de España Ante-Romana juntando los dispersos fragmentos de los historiadores y geógrafos clásicos, y aclarando los unos por los otros. Estos son sus verdaderos títulos al agradecimiento de la posteridad. Para la crítica no tenía ni verdadera vocación, ni gusto delicado, ni estudio suficiente, ni ideas propias. Su librito de los *Orígenes de la Poesía Castellana*, á pesar de la reputación de que gozó algún tiempo fuera de España, no por méritos propios, sino por las copiosas adiciones con que le exornó, duplicando su volumen, Dieze, profesor de Goettinguen, es (considerado en su original castellano) un cuaderno de especies vulgares, erróneas muchas de ellas, y mal hiladas. Como libro de erudición, ha envejecido de todo punto, y no puede hoy prestar servicio alguno

al estudioso de nuestra bibliografía. Como libro de crítica, es todavía más infeliz. Velázquez, exagerando sobre las exageraciones de Nasarre, de quien servilmente copia sus noticias, no sólo califica de corruptores de la dramática española á Lope de Vega y á Calderón, sino que lamenta que Nasarre haya perdido su tiempo «en desacreditar lo que para los doctos siempre lo ha estado, y nunca llegará á estarlo para con el vulgo». Por supuesto que Velázquez pone en las nubes las soporíferas tragedias de Montiano, haciendo propio el juicio de los PP. redactores de las *Memorias de Trévoux* (con quienes parece que todos estos reformadores tenían hecho un contrato de alabanzas mutuas), y el todavía más desatinado del P. Isla, que en uno de los prólogos de su traducción del *Año Christiano* llegó á estampar que Montiano era «un Sóphocles Español, que puede competir con el Griego», y que «lejos de imitar á los dos famosos trágicos Cornelio (*sic* por Corneille) y Racine, descubre y enmienda sus defectos<sup>1</sup>». Así andaba el gusto

<sup>1</sup> *Orígenes de la Poesía Castellana*, por D. Luís Joseph Velázquez, Cavallero de la Orden de Santiago, de la Academia Real de la Historia, y de la de Inscripciones, Medallas y Bellas Letras de París. Segunda edición. En Málaga: por los herederos de Francisco Martínez de Aguilar, 4.º, 1797. (La 1.ª edición es de 1754, y también de Málaga.

Traducida por Dieze con este título:

— *Geschichte der Spanischen Dichtkunst. Aus dem Spanischen übersetzt und mit Anmerkungen erläutert von Johann Andreas Dieze. Göttingen: V. Bossiegel, 1769, 8.º*

En las Actas de la Academia del Buen Gusto se conservan otras dos disertaciones de Velázquez; una sobre la tragedia, con

entre los más ingeniosos de España. Velázquez tenía tan absoluta falta de sentido poético, que cuando reimprimió los delicados y melancólicos versos de Francisco de la Torre, se empeñó en atribuirselos á su primitivo editor Quevedo, sin reparar en el abismo que hay entre la índole literaria de ambos poetas. Montiano y Luzán creyeron á pies juntillas en el *descubrimiento* de Velázquez, así como el mismo Montiano y Nasarre no habían temido deshonorarse literariamente estampando que, cotejadas ambas partes del *Quijote* entre sí, «ningún hombre de juicio podría declararse en favor de Cervantes». ¡Y estos hombres pasaban por prototipos de sensatez y de sabiduría! Llega uno á dudar del entendimiento humano cuando ve impresas tales cosas y advierte que no produjeron universal indignación y protesta en la sociedad literaria de entonces.

Al contrario, Luzán, Montiano, Nasarre y Velázquez (siento tener que mezclar aquí al primero con los últimos), pasaban entre la gente culta por oráculos y legisladores de las letras. Todos ellos formaron parte de la célebre *Academia del Buen Gusto*, que por los años de 1749 á 1751 reunía en su casa de la calle del Turco la discreta condesa de Lemos y marquesa de Sarria, concurriendo á ella la duquesa de Arcos y otras da-

singular elogio de la *Virginia* de Montiano, que llama *muestra de todas las perfecciones*: otra sobre el constitutivo esencial de la poesía, que él hace consistir en la expresión de *lo grande* y de *lo magnífico*.

mas no menos ilustres. En esta tertulia literaria vinieron á confluír otras, por lo general de corta vida é influjo, que en años anteriores habían existido en Madrid y en otras partes, especialmente la *Academia del Tripode*, que duró diez años en Granada, sostenida por los esfuerzos de su fundadór el conde de Torre-Palma, de su amigo el canónigo Porcel y de otros poetas, que seguían por entonces más bien el gusto del siglo xvii que el del xviii, mostrando una lozanía de imaginación, una tendencia á la pompa y sonoridad del lenguaje, y una gala de versificación no exentas de resabios culteranos, pero que recordaba en algún modo el gallardo, brillante y pintoresco estilo de aquellos poetas granadinos y antequeranos de las *Flores* de Espinosa, que abrieron y facilitaron el camino á Góngora en lo bueno y también en algo de lo malo. Otra muestra del gusto que imperaba en esta Academia nos la da la noticia de haber tomado sus socios nombres de los libros de caballerías, llamándose, v. gr., Porcel, el *Caballero de los Jabalies* (con alusión á su apellido), y otros el *Caballero de la Verde Espada*, el *Caballero de la Cuita*, el *Caballero de la Peña Devota*, el *Caballero de la Luenga Andanza*, etc., etc.

Los elementos que de esta Academia pasaron á la madrileña del *Buen Gusto*, sirvieron para mantener en ella un dualismo de opiniones y de prácticas literarias, que fácilmente se discierne en sus actas originales, comparando, v. gr., los versos del conde de Torre-Palma, tan robustos y

tan sonoros, pero á veces tan tenebrosos como los del mismo Góngora, ó los de Porcel, que muestra á veces tan pródiga fantasía descriptiva, con las humildes y abatidas prosas rimadas de Montiano, de Velázquez ó del mismo Luzán, tan mediano poeta como crítico feliz. La misma discordia que se observa en los procedimientos se nota en las teorías, puesto que, por un lado, vemos á Montiano leer en aquella Academia su primer discurso sobre las tragedias españolas y su *Virginia*; á Luzán dar á conocer las novedades dramáticas de La Chaussée; á Velázquez condenar ásperamente las tragicomedias españolas, y, al propio tiempo, sin ofensa de nadie, en la misma culta y amistosa reunión de que Montiano era secretario, levantar su voz el granadino Porcel en una especie de vejamen ó *juicio lunático* (como él dice) de los escritos de sus compañeros, para combatir de frente á Boileau y sentar sin rebozo alguno teorías tan adversas á la Poética clásica como las del P. Feijóo ó las del *Discurso* de Zavaleta, afirmando, entre otras cosas, que «la poética no es más que opinión, que la poesía es genial, y que, á excepción de algunas reglas generales y de la sindéresis universal que tiene todo hombre sensato, el poeta no debe adoptar otra ley que la de su genio...» «Se ha de precipitar libre el espíritu de los poetas<sup>1</sup>; por eso nos pintan al Pegaso con alas y no con freno, y es desatino ponérsele, como intenta el que moderadamente ha erigido el Parnaso francés.» Porcel

<sup>1</sup> Repetición de una frase de Petronio.



no era extraño á la cultura transpirenáica, puesto que imitó ó tradujo el *Lutrin* del mismo Boileau, á quien maltrata; pero ni por su educación ni por las tendencias de su ingenio pertenecía á la escuela de Luzán. Al principio de su *Adonis*, colección de églogas venatorias inéditas hasta nuestros días<sup>1</sup>; pero que le dieron en su tiempo singularísima fama, Porcel confiesa que «ha procurado imitar á los mejores poetas latinos y castellanos: de éstos á Garcilasso, y en especial al incomparable cordobés D. Luís de Góngora (*delicia de los entendimientos no vulgares*), de quien te confieso hallarás algunos rasgos de luz que ilustren las sombras de mi poema».

No es justo, por consiguiente, mirar la *Academia del Buen Gusto* como una ciudadela impenetrable del gusto galo-clásico. Precisamente su gloria consiste en la tolerancia que aunó allí las voluntades, las modificó, y limó las asperezas por el roce, preparando para los días de Carlos III el advenimiento de una poesía que en ciertas obras selectas de determinados autores (don Nicolás Moratín, Meléndez, el maestro González, etc.), fué á un tiempo nacional y correcta, española y no gongorina, racional y no afrancesada.

La *Academia* de la marquesa de Sarria es, sin duda, el fenómeno literario más notable del reinado de Fernando VI. Recorriendo la lista, por desgracia incompleta, de los académicos, puesto

<sup>1</sup> Las ha sacado del olvido con tantas otras curiosidades de historia literaria del siglo XVIII, el Excmo. Sr. D. Leopoldo A. de Cueto, marqués de Valmar.

que no se han podido descifrar algunos de los pseudónimos que usaban (fieles en esto, como en todo lo demás, á los ejemplos de las Academias poéticas italianas y españolas de los siglos XVI y XVII), aparecen en verdadera minoría por su número, aunque no por su influjo, los amigos de la *Poética* neo-clásica. De un lado estaban *El Humilde* (Montiano), *El Amuso* (Nasarre), *El Peregrino* (Luzán), *El Marítimo* (Velázquez), y enfrente de ellos (prescindiendo de muchos aficionados, por lo general de clara estirpe), figuraban *El Difícil* (Torre-Palma), *El Justo Desconfiado* (el conde de Saldueña, autor de dos largos poemas enteramente gongorinos), *El Aventurero* (Porcel), *El Zángano* (D. José de Villarroel), coplero chabacano y chistoso; el marqués de la Olmeda, que tenía, poco más ó menos, las mismas cualidades; D. Francisco Scotti, autor dramático de los de la antigua escuela, y otros más oscuros autores de versos conceptuosos, equívocos y culteranos, que abultan en las *Actas* de la Academia<sup>1</sup> más que los ensayos de los humanistas. Pero, como sucede siempre que de una parte hay ideas generales y unidad de operaciones, y de otra indisciplina y desorden y hábitos y preocupaciones más bien que teorías, el prestigio de éstas contrapesaba la fuerza del número, é imprimía á la Academia cierta dirección

<sup>1</sup> Las *Actas* (desgraciadamente no completas) de esta Academia existen en la riquísima biblioteca de D. Pascual de Gayangos. Ha sacado de ellas todo el jugo posible el Sr. Cueto en su estudio tantas veces citado.